EDITORIAL

Tras el largo paréntesis de la Guerra Civil, la arquitectura española inició, mediada la década de los cincuenta, un proceso de recuperación, que la condujo en muy poco tiempo y con extraordinaria brillantez a ocupar un puesto relevante en el conjunto de la producción europea.

En el panorama de la posguerra mundial, la aportación española parecía iniciar una vía original, que se insertó sin dificultad en la revisión a la que se sometió por entonces el conjunto del Movimiento Moderno.

A pesar de las circunstancias, objetivamente negativas, que condicionaron el trabajo de los arquitectos que iniciaran su actividad profesional tras la Guerra, agrupados como primera y segunda generación, la calidad de los resultados obtenidos hizo nacer la ilusión en la existencia de una posible vía española. Sin embargo, tras las cualidades más o menos uniformes de los diferentes autores, se ocultaba una extraordinaria diversidad de opciones personales. Si en un principio pudo plantearse su actividad como la de una escuela, o dos en todo caso, pronto fue patente que a lo sumo podrían pertenecer a un equipo.

No mucho más tarde se hizo evidente su imposible vinculación interna más allá de ciertos signos superficiales. Quizás se dieron excesivos maestros en demasiado poco tiempo; quizás faltó el líder indiscutido entre ellos. El caso es que lo que pudo ser el inicio de un proceso relacionable con el racionalismo de preguerra, se desbordó en tantas líneas como autores posibles.

Las consecuencias de aquella explosión de alternativas se aprecian hoy mejor cuando el relevó generacional se muestra indeciso o elude sus compromisos.

Queremos centrar nuestra atención, en este número, en el momento inicial en que nuestros actuales maestros empezaron a serlo; cuando en Madrid pareció nacer una nueva arquitectura en torno al encargo oficial de viviendas sin pretensiones aparentes; cuando se empezó a pensar que lo que realizaban algunos de nuestros arquitectos podía exhibirse delante de los otros como alternativa original.

Igual que el cine de la época se caracterizó por el neo-realismo, la arquitectura asumió sin prejuicios su condición de mediador social, pretendiendo elevar el nivel de "la vida alrededor". El fenómeno tuvo un carácter más general de lo que se pensó. El caso italiano, que mostramos referido al "Tiburtino", y el español tuvieron un posible antecedente teórico en el debate en torno a la vivienda mínima planteado por las vanguardias de entreguerras, y su polo de comparación, en el Interbau de Berlín del 57. La crisis abierta en esa fecha respecto a la ortodoxia aún no ha sido suficientemente analizada, aunque la experiencia madrileña no se entendería bien sin ella.

Sin embargo, casi una década antes, la radical propuesta de Cabrero al concurso para el emblemático edificio de la Casa Sindical abrió de par en par la puerta a la razón y, trazando un puente sobre la larga década precedente, enlazó con la tradición interrumpida. Al volver la mirada a esos años, pretendemos tan sólo conocer mejor nuestros conflictos más recientes, que revisaremos en otra ocasión.